

así, como en desden, é dijole: «Amigo, en vuestras palabras que decidés me semeja que fuistes monje de algún monesterio; mas poco daría yo por vuestro sermón, que aun hoy vos faré yo ver que por cuanto hoy ha en el mundo no querriades ser en este lugar.» Cuando Gudufre de Bullon entendió las palabras soberbias que decía Guion, hobo ende gran saña á maravilla, é arre- dróse dél una pieza, cuanto entendió que sería cosa me- surada de caballo para justar con él; é Guion esto mesmo fizo, otrosí, é despues pusieron sus escudos ante los pechos é las lanzas so los brazos, é aguija- ron los caballos é fuéronse á ferir, é diéronse tan gran- des golpes en los escudos, que los falsaron é los fen- dieron por medio, é la lanza del castellan Guion fué toda fecha piezas; mas la de Gudufre de Bullon le ferió tan de récio, que le rompió la loriga é pasóle cabo el lado siniestro; así que, le tajó un poco del cuero, é hobiérale derribado sino porque el castellan Guion era muy récio caballero é muy encabalgante, é por eso no cayó ni se meció solo en la silla; é en pasando por él quebrantóle la lanza. E cuando esto vió Gudufre de Bullon, hobo muy gran vergüenza, é volvió luego el caballo é tornóse contra él, é metió mano á la espada que traía, é dióle con ella tan gran golpe sobre el yel- mo, que si no se abajara, hobiérale muerto; que le no tuviera pro ahí el yelmo ni otra arma que trujese, que todo no le fendiera fasta en la nariz; pero el golpe fué tan grande, que en saliendo la espada del yelmo, al- canzóle por el escudo é tajóle un poco dél, é dióle por el cuello del caballo ante el arzon, é cortóle lo mas del pescuezo; así que, el caballo é el caballero cayeron amos á dos en tierra.

## CAPITULO CLIX.

Cómo Gudufre cortó el oreja é la mano en que tenía el escudo su contendor, é de cómo le cortó la cabeza.

Despues que Gudufre de Bullon hobo muerto el ca- ballo á su contendor, Guion, que era buen caballero de armas é mucho esforzado, metió mano á la espada é paró el escudo ante sí lo mejor que pudo; ca bien pensó que su enemigo le acometiera de caballo; mas Gudufre habia comunmente dos cosas contrarias, estas son muy gran ardimiento é mesura; ca ardimiento no puede ser sin esfuerzo é sin lozanía, ni mensura sin merced é sin piedad. E por ende, cuando vió al castellan Guion de Montefalcon, que estaba de pié, semejóle que si le cometiese de caballo é lo matase ó le venciese, que todos dirian que por fuerza del caballo era, é que no le sería honra ninguna; é por ende descendió muy prestamente del caballo é atólo á un árbol, é metió ma- no á la espada é puso el escudo ante sí é fué á él. E cuando el otro lo vió venir, fué á él otrosí; é entonce se comenzaron entre amos á dos caballeros á ferir de las espadas tan fiera é tan crudamente, que todo hombre que lo viese lo ternia por muy fuerte lid; mas el caste- llan Guion habia gran sabor é muy gran voluntad de vengar su caballo, que Gudufre de Bullon le matara; é dióle tan gran ferida sobre el yelmo, que le tajó un po- co en derredor, é el golpe descendió tan de récio, que le cortó una pieza del escudo é dos dobles de la loriga ca-

be el costado siniestro; de manera que, si se no revol- viera, hobiérale cortado el anca ó le ficiera gran llaga; é sobre eso dijole una palabra como en escarnio: «Varon, mas te valiera ser monje é meterle en algún moneste- rio que combatirte comigo; que ante que venga la noche te faré yo sentir qué cosa es la muerte.» Cuando esto oyó Gudufre hobo tan gran pesar, que no podría mayor, é alzó las manos al cielo é rogó á nuestro Se- ñor que él lo guardase de mal, porque él defendiese su derecho. E despues que esta oracion hobo fecha, fué corriendo al Castellan é alzó la espada é dióle tan gran golpe sobre el yelmo, que gelo tajó, é el almofar otrosí, é una pieza del tiesto de la cabeza, con los cabellos é toda la oreja siniestra, é si el golpe no saliera en sos- layo, ó quebrara el espalda, ó le cortara el brazo sinies- tro, en que tenía el escudo. Pero con todo eso, tirólo tan fieramente contra sí, que por poco no le fizo caer en tierra, é dijole una palabra con muy gran saña: «A tierra, falso traidor, que aun comprarédes la gran trai- cion que habédes fecho, é la falsa jura que fecistes pa- ra desheredar la doncella á tuerto é á pecado; é si Dios quisiere, hoy habrédes galardón de lo que merecistes.» Mucho fué sañudo el castellan Guion cuando se vió to- do cubierto de la su sangre, é la su oreja yacer en tier- ra, é de gran enojo que hobo comenzó á tremar, é paró el escudo ante sí, é fué dar una cuchillada á Gudufre sobre el yelmo, que las piedras que estaban engastona- das é flores de oro que ahí habia, todo lo derribó á tier- ra de la parte donde el golpe fué; é la espada descen- dió tan de récio de la parte siniestra, que le fendió el escudo por medio; así que, la una parte cayó luego en tierra, é demás tajóle una gran pieza de la falda de la loriga; é tan fuerte fué aquel golpe é tan pesado, que si nuestro Señor no le guardara, ó fuera muerto ó lisiado para siempre; é respúsole así: «Par Dios, malandante é retraido, agora te faré yo ver que por gran locura dis- te señal por esta batalla; é que bien hobiste seso de mo- zo cuando te tomaste conmigo en fecho de armas; ca ante que sea el sol puesto, ni hora de visperas, te daré yo un galardón tan grande é tan grave desto que de- mandas, que no habrás tan buen amigo en el mundo que quiera haber parte.» Cuando Gudufre de Bullon oyó las palabras que le decía el Castellan, é vió de su yelmo una pieza tajada, é del escudo otrosí, é sintió la fuer- za de su enemigo, que era grande é maravillosa, como aquel que era ensayado en muchos fechos é fuertes pe- ligros de armas, é sabia é probara todas las cosas que ahí convienen á hacer, é era fuerte é duro en aquel ofi- cio de guerra, é él era niño é no habia mas de diez é seis años, é demás, que la primera prueba de armas en que se viera era aquella; todas aquestas cosas le hicieron temer á aquel su enemigo con quien lidiaba mas que de primero cuando comenzara la lid. Pero de otra parte se esforzaba, fiando en la merced de Dios que le ayudaria al derecho que él demandaba, é membrándole, otrosí, el linaje de que venia, é de los grandes fechos que ficieron, esto le facia olvidar el miedo que habia de su contendor. Empero todavía fizo su oracion, rogando á nuestro Se- ñor que, así como él ficiera el cielo é la tierra, é todas las cosas del mundo tenia en su poder, que él le ayuda- se contra su enemigo en tal manera, que sus pecados

primeramente, ni la mengua de su edad ni la su peque- ña fuerza no le embargase en aquella lid, porque él fue- se muerto ó mal trecho. E luego que esto hobo dicho, de- jóse correr al Castellan, la espada alzada por darle por cima de la cabeza; é el otro, cuando lo vió venir, tiróse hácia afuera é puso el escudo ante sí; é Gudufre, que venia muy de récio, dióle tan gran ferida en el escudo, que gelo fendió; así que, el golpe descendió en derecho de los brazales é cortóle el puño cabe la muñeca, de ma- nera que luego cayó en tierra con aquello que del escu- do tenía. Cuando esto vió Gudufre no pudo estar que no dijese: «Par Dios, don traidor probado, muerto sois é confundido; é mas vos quiero decir: nunca hombre vos verá desta parte que bien vos conozca.» Extrañamente fué sañudo el castellan Guion cuando vió toda la tierra en derredor de sí cobierta de la su sangre, é se sintió menguado de la oreja é de la mano que habia perdida; é bien entendió que allí adelante mas le valdria la muerte que la vida. E con esta voluntad dejóse ir á Gudufre por darle con la espada por cima de la cabeza, mas él paró ante sí la meitad del escudo que le fincara, é dióle en él tan gran golpe, que gelo travesó todo é tajóle el yelmo, é si no fuera por la coña de acero, hobiérale muerto; pe- ro tan grande fué el golpe que Gudufre recibió, que por fuerza hobo de fincar el un hinojo, é de manera fué estor- dido, que la espada se le hobiera á caer de la mano. Cuan- do lo vió el castellan Guion hobo muy gran alegría, é dijo á Gudufre, como en escarnio: «Hermano, bien me se- meja que gran pescozada vos di; así que, la doncella no será por vos desta vez libre; caramente la habédes com- prado por vuestro cuerpo; de manera que, aunque hoy escapádes vivo, nunca mucho vos podrédes alegrar della ni de lo suyo.» Mucho fué avergoñado Gudufre de Bullon cuando vió é entendió que todos lo vieran que fin- cara el hinojo en tierra; mas luego se levantó en pié, é paró mientes al Castellan, é vió que estaba muy mal llagado, como aquel que habia perdido la oreja é el es- cudo, é la mano en que le tenía; é demás, que le saliera tanta sangre, que apenas se podia tener en los piés; é bien le parecia que tenia sazón en que podia haber to- do su derecho dél; é por eso le fué acometer é fizo que le quier dar por el rostro; é el otro, porque no tenía que poner ante sí, volvió las espaldas; é Gudufre dióle tan gran cuchillada en el pescuezo, que le cortó la cabe- za con toda la loriga bien cabo del yelmo; así que, la fizo caer en tierra. Cuando esto hobo fecho alimpió la espada é metióla en su vaina, é fincó los hinojos é al- zó las manos al cielo, é gradesció mucho á Dios aque- lla merced que le habia fecho, é despues cabalgó en su caballo.

## CAPITULO CLX.

Cómo Gudufre presentó al Emperador la cabeza del castellan Guion, é del placer que hobo el Emperador.

Quando Gudufre de Bullon hobo tajado la cabeza á Guion, castellan de Montefalcon, así como ya oistes, despues que cabalgó en su caballo vino á los doce que guardaban el campo, é demandóles que le dijiesen si habia cumplido lo que prometiera, ó si habia de facer mas, ó si la doncella si habia quito su heredamiento; é ellos dijeron que no habia mas que facer, é que la

doncella de allí adelante debia haber la heredad quita- mente; pero que tenían por bien que lo fuese mostrar al Emperador. E él entonce tomó la cabeza del Caste- llan, así como estaba en su yelmo, é fuese con ellos para el Emperador, é ofreciógela. E cuando el Em- perador lo vió fué muy ledo, é levólo consigo á su pa- lacio, así armado como estaba; é por la gran calentura que hacia, alzó Gudufre el almofar de la loriga, é co- mo quier que estaba tinto de las armas, mucho fué aquel dia mirado de todos é de todas partes cuantos lo veian, ca lo tenían por muy fermoso mozo á gran ma- ravilla, é bendecíanle todos, é agradescían á Dios el bien que le hiciera; é tan grande era la priesa de la gente que le venian á ver, que apenas podian andar por las ruas; é otrosí, por las finiestras se paraban á verlo las dueñas é doncellas, maravillosamente bien vestidas é hermosas, é cada una dellas lo cobdiciaba por marido; é si ellas bien lo conociesen ó supiesen su voluntad, no lo harian; ca este fué hombre á quien Dios quiso guardar, que nunca en su vida hobo volun- tad de mujer, ni fizo pecado mortal ni cosa en que mu- cho le pudiesen retractar, así como adelante oirédes en la hestoria. E por ende le guió Dios en todos sus fechos mejor que á otro hombre que fuese á la sazón, ni ante ni despues á gran tiempo. Por tanto, sabed que mucho fué grande la honra que todos ficieron aquel dia á Gu- dufre de Bullon cuando descendió en el palacio del Em- perador.

## CAPITULO CLXI.

Cómo desarmaron á Gudufre, é del gran ofrecimiento que se le ofreció la doncella é de la respuesta que le él dió.

Despues que Gudufre de Bullon descendió en el gran palacio del Emperador, así armado como estaba, to- dos los caballeros vinieron á él é hicieronle gran honra, é señaladamente el duque de Lembrot, que era repos- tero mayor del Emperador; ca aquel le tomó por la mano é levólo á una cámara é fizolo desarmar, é desí vestióle unos paños del Emperador muy ricos, é púsole una guirlanda de oro con piedras preciosas en la cabe- za, é maravillosamente bien obrada; é despues que lo así hobo aderezado, tomólo por la mano é trájolo al gran palacio; é cuando el Emperador lo vió, levantóse á él é asentólo cabe sí, é preguntóle muy amorosa- mente cómo le fuera en aquella lid. E él respondióle muy manso é en buen continente, é contóle la gran merced que le ficiera Dios, é cómo matara á su enemi- go de aquella doncella, que la tenia desheredada á gran tuerto; é que le pedia merced que, pues ahí mostrara Dios el su juicio derecho, que él la mandase entregar de su heredad; é el Emperador gelo otorgó, é mandó dar sus poderes y sus cartas, por las cuales luego fue- se entregada. Cuando la doncella vió que por Gudufre de Bullon habia la tierra cobrado, cayó á los piés, é pidióle merced que della é de cuanto habia feciese á su voluntad; é él respondió que gelo gradescia mucho, mas que aquella lid no tomara él por amor de mujer ni por cobdicia de haber ni de tierra, salvo tan sola- mente por Dios é por el derecho que él creia firme- mente que ella tenía. Mas, pues que ella habia cobrado su tierra, no demandaba él mas, é con aquello era él

pagado. Cuando la doncella esto oyó, despidióse del Emperador é de Gudufre de Bullon, é con aquella tierra que tenia fuése muy leda é muy pagada á recibir su hacienda.

## CAPITULO CLXII.

Cómo el Emperador otorgó todo el ducado de Bullon á Gudufre, é cómo se despidió dél.

La doncella, despues que fué rescibir su tierra que hobo cobrado, así como ya oistes, Gudufre el sobre-dicho quedóse en la corte del Emperador, que le hacia tanta honra, que apenas podia ser contado; é como quier que todos lo amaban mucho, los caballeros lo aguardaban é le facian tanta honra, cuanto ellos mas podian, por la bondad é por la caballería que en él habia. E el Emperador le dió todas las heredades que fincaban antiguamente de su linaje, é entrególe el ducado de Bullon por una piertega de oro, é de allí adelante fué llamado duque Gudufre. E luego allí se despidió dél; pero el Emperador cabalgó con él bien cerca de una légua; é cuando se hobo dél á partir abrazóle mucho é lloró con él de piedad. El duque Gudufre fuése para Bullon, que era cabeza de su ducado, é hizo ahí venir todos sus vasallos, é contóles el bien é la honra que el Emperador le hiciera. E mandóles, otrosí, que le hiciesen homenaje é que toviesen la tierra dél, así como era costumbre. E ellos hicieronlo muy de grado, así como gelo él mandó; é sobre eso dióles él mas de lo que habian, é hízoles él mucho bien; é por eso dióle Dios gracia que le amaron sus hombres mucho mas que á señor nunca amaron.

## CAPITULO CLXIII.

De un gran hecho que hizo el duque Gudufre, é de la gran bondad que hizo.

Entre los otros grandes hechos que hizo el duque Gudufre, vos dirémos uno muy grande. Ca uno de los altos hombres de Alemania, que era grande é fuerte, hobo su pleito con el duque Gudufre, que era su primo, en la corte del emperador de Alemania, cuyos vasallos eran ambos, é demandábale parte en su heredad que tenia en el ducado de Lorena; é decia que debia ser suya aquella parte que él demandaba; é á tanto vino el pleito, que juzgaron los ricos hombres que lidiassen; é vinieron amos armados al campo el día del plazo, é trabajáronse muchos obispos é ricos hombres de meter paz entre medias, porque eran de un linaje; mas no pudo ser. Entonce metiéronlos en el campo, é comenzaron la lid muy fuerte, é duró gran pieza; é el Duque ferió al otro sobre el yelmo, de guisa que se le fizo la espada dos partes; é los ricos hombres que guardaban el campo vieron que habia lo peor el Duque, é hobieron gran pesar, é fueron al Emperador é rogaron é pedieronle por merced que metiese paz entre aquellos dos altos hombres; é el Emperador otorgólo; é los amigos de amos tanto fablaron en ello, fasta que se acordaron en un concierto é avenencia. Mas tanto era el derecho del Duque en muchas maneras, que cuando le dijeron aquella avenencia no se pagó della ni lo quiso hacer, ante comenzaron la lid del principio, muy

cruel mas que fuera antes; é el otro, que tenia la espada sana, no temia ni daba nada por los golpes del Duque, ca non le fincara sino un pedazo; é por aquello cometióle muy de récio é no le daba vagar; tanto, que el Duque comenzó á dubdar un poco; é despues cobró corazon é alzóse sobre las estriberas, é ferió al otro, con aquello poco del espada que le fincara, sobre la oreja siniestra de yuso del yelmo, de guisa que dió con él en tierra tan amortescido, que cuidaron que era muerto, ca no mecía pié ni mano. E entonce descabalgó el Duque é echó léjos el pedazo de su espada, é tomó la de su enemigo é paróse sobre él, é llamó á los ricos hombres que le fablaron de la paz, é díjoles: «Señores, aquella paz en que vos acordastes, de que yo no me contenté, agora la quiero yo hacer, ca si me viene dello pérdida, no me cabe deshonra ninguna; é yo quiero ante de mí derecho dejar, que matar aqueste que me cometió.» Cuando los ricos hombres oyeron aquello plúgolos mucho, é hicieron la paz así como ante era ordenado; é desto ganó muy gran honra el duque Gudufre, porque se acordó de aquella paz cuando pudiera matar su enemigo si quisiera.

## CAPITULO CLXIV.

De otro muy señalado hecho que hizo el duque Gudufre cuando le dieron la seña del Emperador.

Dice la hestoria que otro hecho hizo señalado é bueno. La gente de Sajonia, que son los mas crúeles hombres de todos los otros de Alemania, hobieron despecho é desden, é no quisieron obedescer al emperador Enrique, é dijieron que lo no farian por ninguna cosa, é hicieron caudillo á un alto hombre, que era conde, é decíanle Roel, é llamáronle rey; é cuando el Emperador lo supo fué muy sañado, é hobo mucha voluntad de quebrantarles aquella soberbia. E envió por los ricos hombres de su imperio é fizo muy gran corte, é mostróles el orgullo de los sajones cómo ficieran rey, é sobre aquello pidióles consejo é ayuda; é acordaron todos que aquella cosa debia ser vengada muy crudamente, é dijieronle que pornian sus vidas é cuerpos para ayudar é enderezar aquel hierro, é partiéronse de la corte. E el Emperador ayuntó gran hueste, é vino á un castillo que era en término de Sajonia; é cuando fué en tierra de sus enemigos, enviáronle decir que convenia que lidiase con ellos, si tan orgullosos eran, que no quisiesen dar nada por el Emperador ni venir enmendar lo dañado. E cuando supieron los de Sajonia que los convidaran de darles batalla, ordenaron sus haces como aquellos que habian asaz gente. E el Emperador preguntó entonce á sus hombres que cuál tenian por bien que levase el águila de oro, que era la seña del Emperador; é dijieron todos que Gudufre, duque de Bullon, que mas convenia á él tan gran fecho como aquel, que á otro. E él tóvose dello por mucho honrado cuando gelo otorgaron todos, pero todavía excusándose quanto podia; mas hóbolo de hacer. E aquel día vinieron los unos contra los otros, é llegáronse tanto, que se fueron ferir; é fué la batalla muy cruda é muy fuerte é muy áspera, é hobo ahí muchos muertos del un cabo é del otro, ca se cometian con muy gran saña. E entre tanto,

## CAPITULO CLXVI.

Cómo la reina Halabra echó suertes.

Despues que la noche fué venida, una reina que habia allí mucho honrada, que llamaban en su lenguaje persiano Halabra, é era madre de un rey que decian Corbalan, que era sobrino del gran soldan de Persia, é era buen caballero de armas é muy guerrero. Esta reina fuera mujer del gran soldan de Persia, que era tio de aquel soldan que reinaba entonce, é sabia mucho de astrología, mas que dueña que fuese en tierra de Oriente en aquella sazón; é siempre cuando sabia alguna gran corte que habia de ser, iba allá, é punaba en saber lo que habia de venir de aquellos que allí eran ayuntados; é despues decíagelo, é apercebíalos cómo se guardasen; é acaesció que aquella noche entró ella en una huerta que tenia muy hermosa, é comenzó mirar las estrellas é echar suertes, porque pensaba adivinar las cosas que habian de venir, é vió cómo en la tierra de Occidente, é señaladamente del señorío de Francia, eran nascidos tres niños, que habian de ser cabdillos mayores para conquistar la tierra de Suria, é que los dos dellos habian de ser reyes de Hierusalem; mas, porque no sabia sus nombres, tornó otra vez á catar muy afincadamente, haciendo sus figuras é sus señales muy fuertes, en que facia ayuntar los espíritus, que le respondian á lo que ella les preguntaba, segun la manera antigua de los gentiles, de que ella sabia mucho; é despues que así hobo muchas veces catado, supo los nombres de todos tres hermanos, é pesóle mucho despues que lo hobo sabido, por el gran daño que conosció que vernia á los moros, é mayormente del duque Gudufre, que era el primero de los tres hermanos, que aquel vió ciertamente que habia de ser rey de Hierusalem, donde lo era entonce un su sobrino, que habia nombre Cornomaran. Cuando esto conosció bien la reina Halabra comenzó á torcer las manos é á mesar sus cabellos, é hobo tan gran cuita, que si cuchillo toviera, se matara de grado; é con pesar que hobo, cayó en tierra amortescida, é estuvo así una gran pieza; é cuando acordó comenzó á dar voces como mujer fuera de seso, diciendo: «¡Ay mezquina, cómo veo abajar la ley de Mahoma, é destruirse é perderse su buena gente; é vos, mi sobrino Cornomaran, rey de Hierusalem, cómo vos veo perder vuestro reinado, ca ya dias há que son nascidos los que vos lo han de quitar! E si verdad es lo que yo veo en esta mi ciencia, hombre del mundo no vos puede á ello ayudar.» Cuando esto hobo dicho á grandes voces, amortescióse otra vez é estuvo así una gran pieza, é despues que acordó levantóse é fué á su cámara á dormir; mas poco dormió aquella noche, pensando en las cosas que viera é haciendo muy gran duelo; é cuando vió el alba, levantóse é fuése á su mezquita á hacer oracion, é halló allí ayuntados todos los reyes que allí eran con el Califa, que venieran todos á orar porque era viérnes, que tienen ellos por el mayor día de toda la semana, segun su ley; é ella, luego que entró en la mezquita, hizo su oracion, que era muy grande é muy rico á maravilla; é de cómo allí fueron servidos é honrados; é de las maravillas de juego é de alegrías que allí fueron fechas, esto no podria ser contado en un gran libro, ni de lo que allí fué dado; é así pasaron todo aquel día.

la mezquita, triste é muy cuitada, salió el Califa é los otros reyes moros que ficieran con él oracion, é halláronla así; é cuando Corbalan, su hijo, la vió así, preguntóle qué había ó por qué estaba triste, é ella le contó cómo hallara por astrología que en la parte de Occidente, en la tierra que decían Francia, eran nascidos tres mozos, que eran hermanos de padre é de madre, é que venían de muy gran linaje, é que eran aun mancebos, tanto, que el mayor dellos no había aun barbas; é que supiese por cierto que aquellos conquirirían toda la tierra de Suria é la cibdad de Hierusalem é el templo de Salomon. E cuando Corbalan esto oyó, tóvolo por escarnio é bajó la cabeza é comenzóse de reir, é dijole: «Madre, ruégovos mucho que estas palabras no digais á ninguno; ca los que lo oyeren, tenérvoslo han por locura; é de mí vos digo que no lo creo, é mala ventura venga á todos los que ereyeren tal chufa como esta, que gente que no sabemos dónde es, nos ha de tomar por fuerza la tierra que nosotros tenemos.» Cuando ella oyó lo que su hijo decía, fué muy sañuda, é dijole que le tenía por muy loco, é que ante de cuatro años pasaría por él tal trance, que no quería haber dicho aquello por cosa del mundo. Entanto que ellos así estaban conteniendo, llegó Cornomaran, que era rey de Hierusalem é sobrino de la Reina, é era el mas esforzado moro que había en toda la tierra de Suria, é cuando los vió así estar, preguntóles qué habían; é ella le dijo cómo su hijo la retraía sobre cosas que le decía que habían de ser, é que no lo quería creer, de que se arrepentiría, é ella habría muy gran pesar. Cuando esto oyó Cornomaran rogóle mucho que le dijese si había visto alguna cosa de su hacienda; é ella entonces comenzó á suspirar, é dijole así: «Par Dios, sobrino, mucho me habeis demandado fuerte cosa, é si vos la negase terníades queja con razón de mí, é si vos lo dijere oirédes vuestro daño; pero quiérola decir, pues que tanto me rogais. Sabed ciertamente que de la tierra de Francia verná acá una gente que conquirirán por fuerza muy gran parte desta tierra.» Cuando esto oyó Cornomaran, respondióle muy sañudo, é dijole así: «Tía, de cuanto nos decís no creo ninguna parte; ca esta es cosa de que yo muy poco temo.—Par Dios, sobrino, dijo la Reina, pues que así me respondeis, mas vos quiero desengañar de vuestra hacienda. Sabed verdaderamente que perderéis toda la tierra de que vos llamais rey.—¿Quién me la quitará? dijo Cornomaran, ó cómo podría esto ser?—¿Cómo, sobrino? dijo la Reina; porque Dios lo quiere así, en cuyo poder están todas las cosas.—Par Dios, tía, dijo Cornomaran, decidme si sabeis cómo han nombre los que esto tienen de hacer.—Gran cosa me demandais, dijo la Reina; mas, pues Dios quiso que yo lo supiese, no os lo quiero negar. Sabed que estos tres hermanos que pasarán la mar é vienen de linaje de un caballero que por maravillosa aventura trujo un cisne en un batel, é el mayor dellos es ya caballero é es señor de una pequeña tierra que llaman Bullon, é ha nombre Gudufre; é los otros dos sus hermanos son muy hermosos escuderos, é el uno ha nombre Eustacio é el otro Baldovin.—¿Cómo! dijo Cornomaran, ¿solos vernán todos tres?—No, dijo la Reina; ante pasará gran hueste de cristianos á aquella sazón; pero otra verná primero, en que no será tan bue-

na gente, é aquella será toda destruida; ca Zuleman, el soldan de Niquea, é Corbalan, mi hijo, los vencerán en batalla, é matarán é prenderán cuantos dellos quisieren. Mas la otra, que pasará despues, en que vernán los hombres mas honrados, serán della cabdillos aquestos tres hermanos que yo digo, é otros hombres honrados, é conquirirán toda la tierra desde Niquea la Grande fasta en Antioquía, é cercarán la cibdad de Hierusalem, é tomarla han, é serán de ella reyes los dos destos tres hermanos, é el uno coronado é el otro no, é aquel que primeramente será allí rey, matará antes tres aves de una saetada, é por esto conoscerán cuál es aquel.» Cuando esto oyó Cornomaran, hobo tan gran pesar, que apenas se supo tener en los piés; así que, se hobo de acostar sobre un pilar que estaba allí, é estuvo así una gran pieza, que no habló; é luego pensó en su corazon cómo desampararía el reino é todas las cosas del mundo por ir á buscar á Gudufre é á sus hermanos, é de los matar, si pudiese, ante que recibiese aquel mal que la Reina le contaba.

## CAPITULO CLXVII.

Cómo el Califa hizo ayuntar todos los reyes.

Todas las palabras que la Reina, madre de Corbalan, había dicho, fueron contadas al Califa, é cuando las oyó hobo gran pesar, é tóvolo por muy gran maravilla, é no lo creyera él á otro que lo dijese, sino porque la Reina era de grandes dias é honrada é muy sabida; así que, la tenían los moros como por profeta; é por ende el Califa hizo ayuntar todos los reyes é los honrados moros que ahí eran; é despues que todos fueron ayuntados en la mezquita mayor, subió en la silla en que solía predicar, é mandóles que callasen; despues comenzóles á decir en esta manera: «Amigos, bien sabeis todos cuánto é cuán magno saber puso Dios en la reina Halabra, é que todas las cosas que ella dice hallamos verdaderas; donde agora acaesció que ella cató lo que sería de nosotros, é falló que un pueblo descreido ha de venir de allende la mar, de parte de ocidente, é aquellos conquirirán toda la tierra, por fuerza, que nosotros tenemos; así que, fasta las tierras de Oriente no hallarán contradición alguna, é tomarán la cibdad de Hierusalem; porque vos digo que tales cosas como estas no son de despreciar, ca el que lo hiciere no parecería que temía el poder de Dios. De otra parte, bien sabeis que no hay cosa tan fuerte que no se torne flaca cuando hombre no pára en ella mientes; é por ende vos ruego é vos mando, en remision de vuestros pecados, é así Dios vos dé aquel paraíso que él otorgó á su profeta Mahoma, que fué su mensajero, que vos aparejeis á estorbar este daño que no venga. E esto es que vos bastezais de viandas é de armas é de todas las cosas que menester son para guerra; é que labréis los castillos muy bien, é que metáis agua ado no la hobiere; é otrosí, que trabajéis en tomar muchas mujeres para hacer hijos que defiendan la tierra para adelante, é guerreen con aquellas gentes descreidas.» Cuando les hobo dicho el Califa aquesto, descendió de su silla, do predicara, é encomendólos todos á Dios, é mandó que fuesen á buena ventura cada uno para sus tierras. Agora deja la historia de contar de Cornomaran, rey de Hierusalem, de cómo se fué para su tierra, é del consejo que tomó.

## CAPITULO CLXVIII.

Cómo Cornomaran vino á su padre, é cómo lo contó lo que dijera la reina Halabra.

Quando Cornomaran, rey de Hierusalem, se partió del Califa é de los otros reyes que con él eran, fuése para su tierra, é no andaba tan solo, que no trajese consigo cuatrocientos caballeros; é anduvo tanto por sus jornadas fasta que llegó á Hierusalem é descendió al alcázar do era la torre que ficiera el rey David; é su padre, que era rey, que había nombre Horbagan, é era hombre de grandes dias é fuera buen caballero de armas, cuando supo que su hijo venía, salió á rescebir con muy gran alegría, é tomólo por la mano é asentólo cabe sí, é conjuróle que le dijese verdad del fecho del califa de Baldac é de todas las cosas que viera é oyera en su corte; é él contólelo todo, de cómo le recibiera muy bien é de la gran honra que le hiciera; é despues contóle, otrosí, de las cosas que viera en las estrellas la reina Halabra, su hermana, é de cómo se había de perder la mas de la tierra de Oriente, é el mesmo cómo había de perder el reino de Hierusalem; é despues que gelo hobo contado todo, alzó las manos al cielo, é juró por su ley que no dejaría en ninguna manera de ir en hábito de palmero, á furto ó como pudiese, por ver á Gudufre, duque de Bullon, é á los otros sus hermanos, que aquel mal le habían de hacer; é si Dios le quisiese guiar cómo los matase, ó alguno dellos, que creía que hacia gran servicio á Mahoma en estorbar tan gran daño de su ley. Cuando esto oyó el rey Horbagan, su padre, con gran pesar que hobo en su corazon, respondióle así: «Par Dios, hijo, en cuanto vos aquí decís pareceme que remediais poco; que si vos este viaje faceis, todo el oro del mundo no vos defenderá que no os maten los cristianos, é entonces será perdido el reino de Hierusalem; é yo, viejo mezquino, que vos amo mas á que á mi corazon, moriré con pesar de vos.» Todo cuando le decía el padre menospreciaba el rey Cornomaran, su hijo; ante comenzó á jurar, como hombre muy sañudo, por Dios é por Mahoma, su profeta, que por cosa que le pudiese decir ni hacer no dejaría de pasar la mar é ir á Francia por ver á sus enemigos. E cuando el padre esto oyó comenzó á mesar su barba é llorar muy fuertemente, é á llamarse mezquino, é que en mal punto viera aquel hijo, é que bien sabía que si allá fuese, que nunca jamás le vería vivo; é con gran cuita que hobo cayó en tierra amortescido á los piés de su hijo, é pensaron que moría; mas Cornomaran é Lucabel, un su tío, que era mucho anciano é tenido por de buen seso, estos le ayudaron á levantar; é cuando acordó, dijo así: «Ay mezquino é hombre de mala ventura, agora perderé el mi buen hijo. Mis vasallos me obedescían é mis enemigos me temían por él; ca sin duda cristianos le matarán allá do él quiere ir.» Estas palabras decía Horbagan el viejo, rey de Hierusalem, por miedo que había de perder á Cornomaran, su hijo. Mas como poco se daba por cuanto el padre decía, respondióle así: «Señor, este sentimiento vos ruego que dejeis; que en hacerlo no vos puede venir sino mal; é si cuidais que por esto yo deje de hacer lo que tengo en corazon, es-

rusalem, de cómo se fué para su tierra, é del consejo que tomó.

## CAPITULO CLXIX.

Cómo Cornomaran se partió de su padre, é del llanto que facia su padre por él.

Quando Cornomaran, rey de Hierusalem, se partió de su padre é lo dejó faciendo muy gran sentimiento por su partida, así como ya oistes, fuése para su casa, é no quiso fablar con mujer ni con fijo ni con privado que hobiese, mas fizo llamar un cristiano, que era natural de tierra de Armenia é sabía todos los lenguajes, é dijole que quería que fuese con él en hábito de palmero, é el otro fizo lo que le mandaba; é despues mandó facer dos cuchillos de acero agudos de amas partes, é templados en tal manera, que cualquier hombre que con ellos friese no guaresciese por ninguna manera que muerto no fuese; é destos tomó el uno, é dió el otro á su compañero, é mandóle que al que él friese con su cuchillo, que él que le friese con el suyo luego; é todo esto facia él por matar al duque Gudufre ó alguno de sus hermanos si pudiese; de lo cual nuestro Señor Jesucristo los guardó, así como adelante oiréis. Cuatro dias estuvo el rey Cornomaran en facer todas estas cosas que habeis oido, é al quinto día partiéronse, que hombre del mundo no lo supo, sino su padre é su compañero que iba con él. E desta forma se metió al camino, é pasó derechamente por el llano de Ramas, é despues de allí llegó al brazo de San Jorge, é pasó á la otra parte é fué á Constantinopla, é estuvo ahí tres dias, é al cuarto salió, é anduvo tanto por sus jornadas, que tras pasó á Romania, é otrosí fizo la tierra que llaman Volgría, é el reino de Hungria, que es muy gran tierra, é despues pasó por Ostarica, é vino á Alemania, é entró en el ducado de Lorena, é anduvo tanto fasta que llegó á la cibdad que llaman Mer, é allí albergó una noche, é otro día partióse dende, é entró en una tierra que llaman Ardeña, é despues pasó por otra tierra que dicen Basbain, é tanto anduvo fasta que llegó á una gran abadía de monjes que llaman Sandron; esto era ya en el ducado de Bullon.

## CAPITULO CLXX.

Cómo el rey Cornomaran é su compañero llegaron al monesterio de Sandron.

Quando el rey Cornomaran llegó al monesterio de Sandron asentóse á la puerta é él su compañero, é comenzaron á pedir limosna por amor de nuestro Señor Jesucristo. E en esto pasó ante ellos un rapaz, é preguntáronle dónde era, é él dijoles que de allí, é preguntáronle despues que cuánto había dende fasta Bullon, é él dijoles cuántas leguas eran, é mostróles el camino. Cuando esto oyó Cornomaran paróse á pensar en qué manera mataría al duque Gudufre ó alguno de sus hermanos; é mientra él esto pensaba vino el abad de aquel monesterio, que había nombre Giraret, que era hombre bueno, de muy santa vida, é vinian con él fasta doce monjes

de aquella orden; ca el Abad queria entrar en pleito sobre demandas que le demandaba el merino de aquella tierra, que habia nombre Yugo. E luego que el Rey lo vió venir dejáronse ir corriendo á él, él é aquel su compañero, é el Rey trabó dél muy de recio, é rogóle por amor de Dios que les diese que comiesen. E el Abad preguntóles dónde eran ó cómo habian nombres, é Cornomaran le respondió, é dijole que eran pelegrinos que venian del sepulcro de Hierusalem. Cuando el Abad esto oyó plúgole mucho, porque ya él fuera en aquel lugar é viera el sepulcro de que el pelégrino fablaba, é comenzóle á mirar el rostro é el continente, é conocióle, porque él le habia ya visto en un lugar, mas no se acordaba dónde; pero despues tanto le fué catando sus faciones, que se le vino miente que le viera en el reino de Hierusalem; mas aun con todo eso, no lo pudiera conocer sino por una llaga que el Rey habia en la frente. E luego que el Abad esto vió, conoció que aquel era hijo del rey Horbagan de Hierusalem, que le ficiera mucho bien á la sazón que él fuera allá en romería, é estoviera muy mal doliente en su casa bien tres semanas; é por endese maravilló mucho quién lo trajera á aquella tierra ó por qué razon viniera; pero entonce no le quiso mas descubrir de su hacienda, é mandó al Prior que le diese todo lo que habia menester. E el Prior levólos á la cámara del Abad, é mandóles lavar las manos é los rostros, é despues fizoles lavar los piés, é mandóles sacudir sus esclavinas del polvo que en ellas traian; é cuando él esto facia, vino á comer el Abad, que habia ya librado sus pleitos; é cuando supo que su huésped no habia aun comido pesóle mucho, é tomólo por la mano é asentólo á la mesa consigo é dióle muy buena comida de pan é de vino é de muchas carnes, é de todas las otras cosas que entendió que le placieran.

## CAPITULO CLXXI.

Cómo el abad de Sandron conoció al rey Cornomaran, é cómo el Rey lo quisiera matar.

Quando el rey Cornomaran é su compañero hobieron comido, el Abad, que era hombre bueno é bien razonado, creyendo que no pesaria á su huésped de lo que le preguntase, comenzó á decir: «Par Dios, huésped, con gran derecho vos debo yo amar é facer honra, que mucho me fuistes bueno en extraña tierra, do yo lo habia mucho menester en aquel lugar.» Dijo el Rey: «¿Adó fué eso?—Par Dios, dijo el Abad, en la santa cibdad de Hierusalem, do yo fui al sepulcro en romería, é me tomé tan gran enfermedad, que estuve bien tres semanas en una cama, que nunca me levanté, é allí me fecistes vos tanto de bien, que no sé cómo vos lo pudiese servir por cosa que yo hiciese; mas yo os ruego que no querais encobrirnos de mí, é creed ciertamente que ningun hombre no conozco mejor que vos; é porque entendais que yo digo verdad, vos sois rey de Hierusalem é habeis nombre Cornomaran, é vuestro padre era aun vivo cuando yo dende partí, é por faceros gran honra, como á hijo que amaba, tovo por bien de os facer rey en sus dias é de coronaros, é yo estaba delante cuando bien diez mil turcos vos besaron el pié é vos rescibieron por señor; é ese dia me mandastes dar todo lo que hobiese menes-

ter, con que me torné á mi tierra, sin toda la honra pasada que me hobistes hecho en mi dolencia; é por esto vos ruego que no os encubrais de mí, é que me digais qué quisistes en esta tierra; que no hay cosa en el mundo que yo facer pueda, que vuestra honra sea, que yo no la faga de muy buena mente; mas empero de una cosa me hago maravillado: que tan poderoso hombre como vos sois é tan rico, quisistes venir á esta tierra de pié é tan mal vestido, con un compañero solo.» Cuando el rey Cornomaran vió que el Abad le conocia hobo tamaño pesar, que fué todo fuera de su seso, con miedo que hobo de ser descubierta; é metió mano so la esclavina é sacó el cuchillo que tenia, por dar con él al Abad é matarle si pudiese; mas su compañero, cuando lo vió, hobo miedo que si lo hiciese que serian amos muertos, é trabóle del brazo é embargóle de manera, que non lo pudo hacer.

## CAPITULO CLXXII.

Cómo el Abad los perdonó, é cómo le contaron el hecho del Duque.

Quando el Abad vió que el Rey sacara el cuchillo, bien entendió que lo no ficiera sino por le ferir con él, é por ende dijole así, como sañudo: «Por Dios, huésped, mucho me parece que me quereis dar mal galardón del servicio que yo os hice, en me querer así matar en mi casa á traicion; é yo vos digo que, como quier que yo sea hombre de religion, si no fuese por el bien que me hecistes en Hierusalem, yo vos ficiera comprar caramente la traicion que agora quisistes hacer.» Cuando esto vió el rey Cornomaran, que habia hecho gran locura, ca bien conoció que por matar al Abad que no acabaria mucho, é sin todo aquello, que moriria por ello; é otrosí, vió que de allí adelante, porque á tanto viniera con el Abad, que no podria ser que no fuese descubierta; é por ende le pareció que valdria mas descubrirle su voluntad, é que le dijiese todo aquello por que viniera; ca por esta manera tovo que seria seguro de muerte; donde, luego que lo hobo pensado, dejóse caer á piés del Abad, é comenzóle á pedir merced, que si bien le ficiera, que en aquello gelo galardonasen en perdonar á él é á su compañero del gran yerro que cuidara hacer, é desde allí se metian en su poder para hacer dellos lo que él quisiese. Quando el Abad aquello vió, como era hombre bueno é de santa vida, hobo piedad en su corazon, é tomólos por la mano é asentólos cabe sí, é díjoles: «Señores, si quereis hablar conmigo, quitad de vos esos cuchillos que traedes; ca bien vos digo que en cuanto los toviéredes no me aseguraria en cosa que me dijédes; é despues que esto hobierdes hecho, decid cómo venistes á esta tierra ó sobre qué razon; é yo vos aseguro que de cosa que digades, que no vos venga de mí mal ni de otri.» Cuando el rey Cornomaran oyó que el Abad le aseguraba fué muy ledo, é comenzósele mucho á humillar, é rogóle que hobiese merced dél é de su compañero; ca todo gelo contaria aquello que él queria saber. E el Abad gelo otorgó, é los aseguró é dijo que no temiesen; é entonce diéronle amos los cuchillos, é comenzó el Rey á otorgar todo aquello que el Abad habia dicho, cómo era él el rey de Hierusalem é cómo le hiciera honra cuando fuera en ro-

mería, é cómo le diera dinero con que se viniese para su tierra. E despues que esto le hobo dicho, contóle de las grandes cortes que el califa de Baldac ficiera, é de cómo la Reina, madre de Corbalan, viera en sus suertes que Gudufre de Bullon é sus hermanos habian de conquistar toda la tierra de Suria, é cómo tomarian por fuerza la cibdad de Hierusalem, é que Gudufre é su hermano serian ende reyes, é él que seria desheredado é echado de su reino. Cuando esto oyó el Abad fué muy ledo, é comenzóle á preguntar aun mas, que le dijiese por qué traia aquellos cuchillos tan agudos: «Par Dios, dijo el Rey, esto vos diré yo: sabed verdaderamente que los traemos porque si fallásemos al duque Gudufre que no era tan poderoso ó que traia poca compañía consigo, que si nos pudiésemos llegar, que le matásemos; que yo vos digo que mas querria yo morir que hombre que no creyese en la mi ley fuese señor de la mi tierra. Agora vos he dicho la verdad, é de aquí adelante faré lo que vos mandádes; mas ruégovos que no me descubrádes, que yo podria morir por ello, é vos seriais pecador.—Par Dios, dijo el Abad, desto no vos temádes; que nunca serés descubierta en manera que os venga daño dello; mas bien vos digo que antes de quince dias vos mostraré al duque Gudufre, que tanto codiciais ver, é á sus hermanos amos á dos; é entonce podeis ver qué hombres son é qué poder han.»

## CAPITULO CLXXIII.

Cómo el Abad envió al Prior con cartas al duque Gudufre.

Quando el rey de Hierusalem hobo contado al abad de Sandron en qué manera pasara la mar, é por cuál razon pasara á aquella tierra, plúgole mucho, é fizo servir á él é á su compañero, é honrarlos en todas las cosas que les fueron menester así como plazaria. E otro dia de muy gran mañana llamó al Prior, que era hombre de buena vida é mucho entendido, é mandóle que se fuese derechamente á Bullon, é dijiese al duque Gudufre todas aquellas cosas que el rey Cornomaran le habia dichas, é por cuál razon pasara la mar é era venido en aquella tierra. E despues que todo esto le hobiese dicho, que le dijiese é le aconsejase de su parte que luego sin tardar enviase por cuantos parientes é cuantos amigos tenia, que viniesen á él aderezados de caballos é de armas, así como si hobiesen de lidiar, é otrosí de paños é de palafrenes, é como si hobiesen de tener muy gran corte, é aun que les ficiese traer aves como para cazar é canes; é sobre todo esto que le dijo, dióle sus cartas de creencia para el duque Gudufre; é despues que el Prior hobo las cartas, tomó dos monjes consigo, que no quiso mas levar, é anduvo tanto fasta que llegó á Bullon, é falló al duque Gudufre en su palacio é fincó los hinojos ante él, é él recibiólo muy bien, é preguntóle por qué viniera; é el Prior tomólo por la mano é metióle en una cámara, é asentáronse amos en un estrado; é el Prior le comenzó á decir que el Abad le enviara á él para hacerle saber de las grandes cortes que fueran fechas en Baldac, é de cómo la madre de Corbalan viera en sus suertes que él é sus hermanos habian de conquistar toda la tierra de Suria, é que él mesmo habia de ser rey de Hierusalem; é contóle, otrosí, de

cómo aquella reina que esto viera era hermana del que era rey en aquella sazón, que llamaban Horbagan, é tenia un hijo que era buen caballero de armas, que habia nombre Cornomaran, é que cuando esto oyera decir, que hobiera tan gran saña en su corazon, que se metiera en aventura de muerte é pasara la mar, é que veniera en manera de pelegrino con un compañero, no mas por matar á él é á sus hermanos, si viese que no toviesen gran poder ó que no se guardaban bien; é por ende, que le rogaba é le aconsejaba que enviase por todos sus parientes é sus amigos, que viniesen muy bien aparejados, como para guerra é como para cortes, porque aquel rey le fallase con gran compañía é buena, que si de otra manera fuese, poderle-hi-a venir muy gran daño; é otrosí, contóle el Prior al Duque de cómo el Abad hallara aquel rey moro un cuchillo pequeño debajo de la esclavina mucho agudo, é otro á su compañero; é segun el Abad pudo saber, no los traian por otra cosa sino por matar á él é á sus hermanos, si viesen oportunidad; é por eso, que le rogaba que todos los mas honrados hombres que pudiese haber, é los mejores, que los ayuntase consigo, é que en todas maneras del mundo pugnase en tener grandes cortes é muy ricas lo mas que pudiese; é que creyese que el Abad seria con él ante de quince dias, é traeria consigo aquel moro rey de que le fablaba.

## CAPITULO CLXXIV.

De las muchas gracias que dió el Duque á nuestro Señor por lo que le dijo el Prior.

Quando el duque Gudufre hobo entendido lo que el Prior le dijiera, fincó los hinojos en tierra é alzó las manos al cielo, é agradeciolo mucho á Dios, é pidióle merced que él lo compliese así; é tan homilmente é tan de corazon fizo su oracion, que todos los hombres honrados que ahí eran en su casa é lo vieron, lo tenían á muy gran maravilla, ca no sabian por qué era; é despues que así hobó estado una gran pieza orando, levantóse, é tomó al Prior por la mano é asentólo cabe sí, é comenzóle á preguntar muy afinadamente si eran ciertas aquellas palabras que le habia dicho, ó si creia que aquellos cuchillos que traia el Rey é su compañero eran para matar á él é á sus hermanos; é el Prior le respondió que sí, jurando mucho por la orden que tomara que era verdad. Dijo el duque Gudufre: «Pues así es como vos decis, ruégovos que me consejais qué faga, ó que me digais qué es lo que me conseja el Abad.—Señor, dijo el Prior, ya vos he dicho mas que á mí parece que seria bien, es que enviéis luego por los mejores parientes é amigos, que vengan á vos muy bien aparejados de todas las armas que en tiempo de guerra han menester; é sin todo aquesto, les mandad que vengan vestidos de los mejores paños que pudieren, é que traigan azores é falcones é gavilanes, é todas las otras aves que pudieren haber para caza, é otrosí, canes, é todo esto sea hecho ante de quince dias; así que, cuando llegare el Abad é aquel rey moro que verná con él, que los falle todos con vos. E entre tanto mandad que aquellos palacios que sean todos emparamentados de muy ricos paños; así que, cuando viniere el dia del plazo que el Abad os envia á decir, que fagais cabalgar los mas hon-